

## DAVID, UNGIDO DEL SEÑOR Y SALVADOR DEL PUEBLO

### La perspectiva histórica y arqueológica

La información que tenemos con respecto a David, descrito como uno de los grandes líderes del yahvismo, nos viene exclusivamente de la Biblia. Ninguna de las otras fuentes de la época, ya sean egipcias o mesopotámicas, se hacen eco o citan a David en sus anales o documentos similares. Veamos, pues, brevemente, lo que nos dicen los historiadores y arqueólogos sobre la figura y el reino de David.<sup>1</sup>

La primera pregunta que nos podemos hacer es un tanto provocativa: ¿Ha existido David? Si nos hacemos esta pregunta es porque historiadores de prestigio como Thompson, Lemche o Davies, a los que sus detractores llaman minimalistas bíblicos, no dudan en declarar que la monarquía unificada de David y Salomón no es más que una elaboración ideológica de los círculos sacerdotales de Jerusalén creada durante el periodo postexílico.

Desde el punto de vista literario y arqueológico, hay algunos indicios que van en favor de esa opinión minimalista. Sin ir más lejos, la descripción bíblica del reino de Salomón demuestra claramente que estamos ante un retrato idealizado del pasado. Por ejemplo, la descripción de sus riquezas o de su harén abunda en detalles poco creíbles: “El rey hizo que la plata fuera tan abundante en Jerusalén como las piedras” (1 Re 10,27) o “Tuvo setecientas esposas con rango real y trescientas concubinas” (1 Re 11,3). Por otra parte, lo que parece sorprendente para imperios tan extensos como según la Biblia fueron los de David y Salomón, no figuran, como hemos dicho antes, en ningún texto egipcio o mesopotámico de la época. “Su importancia en la tradición bíblica contrasta con la ausencia total de documentación histórica que le concierna (...) No es mencionado en ninguna fuente exterior”<sup>2</sup>. Por último, Jerusalén no contiene el menor vestigio arqueológico de las construcciones davídicas ni salomónicas. Todo esto daría la razón a los historiadores que consideran prácticamente legendario al reinado de David.

Sin embargo, hay otros indicios que defienden la historicidad de David, aunque muchos de los detalles y de las narraciones que nos hablan de él sean exageradas y tengan elementos legendarios. Por poner un ejemplo, en el año 1993 se descubrió una inscripción en Tel Dan, al N.de Israel, que relata la invasión de Israel (el reino del N.) por un rey arameo de Damasco, una invasión que terminó con la derrota de Israel y de Judá (reino del S.). Hay en esa inscripción un pasaje que nos

1 Vamos a seguir en este punto muy de cerca a L.SILBERMAN-N.A.FINKELSTEIN, *David y Salomón*, Siglo XXI, Madrid 2007.

2 P.BORDREUIL-F. BRIQUEL-CHATONNET, *Le temps de la Bible*, Gallimard, Paris 2003, p.191.

habla de un rey de Judá del que se dice que es de la casa de David. Esta inscripción es un testimonio de la fama que tenía la dinastía davídica, al menos un siglo después del reino de Salomón. El hecho de que Judá sea mencionada en referencia a la casa real davídica prueba claramente que la reputación de David no era una simple elaboración literaria creada en la época postexílica. Así ocurre con alguna otra inscripción que conocemos. La historicidad global de David parece suficientemente fundada.

Pero nos tenemos que plantear una cuestión posterior. ¿Las pruebas arqueológicas confirman la descripción entusiasta que hace la Biblia de las grandes conquistas de David y de las grandes construcciones emprendidas por él y por su hijo Salomón? Es aquí donde debemos aceptar parte de la crítica de los historiadores minimalistas. Las excavaciones arqueológicas realizadas en Judá y Jerusalén nos indican que no había ningún centro urbano digno de ese nombre. Y concretamente en Jerusalén no hay el más mínimo rastro del palacio de David ni del Templo de Salomón. Las mismas dimensiones del Jerusalén del s.X a.C. se limitaban a las de un pequeño pueblo de montaña. Tampoco encontramos en el conjunto de Judá el más mínimo índice arqueológico de la prosperidad y el nivel de organización que hubiera requerido el reino creado por David y continuado por Salomón.

¿Hay algún motivo detrás del retrato grandioso que los libros de Samuel nos hacen del reinado de David? Detrás de todo ello se encuentra la teología de la historia deuteronomista que tuvo su punto de partida en el reinado del rey Josías, en el s.VII a.C. Es en esta época en la que se compuso el primer esbozo de la historia deuteronomista. Un nuevo David acababa de subir al trono de Jerusalén. Se trata del rey Josías que quería restaurar la gloria de sus antepasados, remontándose hasta los orígenes legendarios de Judá. Empezó, pues, la tarea de fundar una monarquía unificada que permitiera reunir Judá e Israel, crear instituciones para gobernarlas, conquistar gran parte de los territorios de los dos reinos (parte de los cuales estaban en manos asirias) y destacar la importancia religiosa y política de Jerusalén. Son todos temas que van a ocupar un lugar central en los relatos bíblicos dedicados a David. Busca Josías describir las realidades y deseos de su reinado proyectadas en el pasado mítico en el que un rey reinaba desde Jerusalén en los territorios de Judá e Israel. ¿Pero cuál es la imagen que el historiador deuteronomista nos da de la persona de David? La descripción que vamos a hacer ahora no tiene, pues, como objetivo el David de la historia sino el David de la fe de Israel. Lo que no quiere decir que todo lo que se cuenta de David esté inventado por el autor deuteronomista.

## David en la historia deuteronomista

La primera vez que Israel pone por escrito las tradiciones davídicas es en la historia deuteronomista. Llamamos así al conjunto de los libros históricos que van desde Josué a Reyes (Josué, Jueces, 1 Samuel, 2 Samuel, 1 Reyes y 2 Reyes). Se llama deuteronomista a esta agrupación de libros por la fuerte influencia teológica que el libro del Deuteronomio ha impuesto a ese conjunto. Estos libros han tenido un primer momento en su elaboración en el s.VII a.C. Bajo la influencia literaria e histórica de los tratados asirios (recordemos que en esta época, s.VIII y VII a.C. Asiria era el poder dominante), en la época del rey Josías. Pero probablemente su redacción final es posterior a esta fecha, quizá en el exilio, cuando Babilonia era el poder dominante. Es, pues, el exilio babilónico el que crea la primera historia de Israel y de Judá en el s.VI a.C.. Estamos muy lejos de la época davídica (s.X a.C.). Sin embargo, los historiadores deuteronomistas no se han inventado completamente el fresco histórico que va desde Josué hasta la caída de Jerusalén en manos de Babilonia. Ellos eran redactores que integraban en su obra documentos anteriores y tradiciones orales. Pues bien, ¿qué nos dice la historia deuteronomista de la figura de David?

### 1) Primeros años.

David era un pastor. Su entrada en la vida pública de Israel se nos narra en tres relatos diferentes<sup>3</sup>. En primer lugar 1 Sm 16,1-13 nos describe a David habiendo sido designado por Yahvé como sucesor de Saúl: «Yo te envío, dice Yahvé a Samuel, a casa de Jesé, el de Belén, porque me he elegido rey entre sus hijos» (v.1). Samuel es enviado a Belén para ungirle; siete hijos de Jesé pasan ante el profeta, pero el Señor no le impulsa a ungir a ninguno de ellos. Preguntado el padre por si tenía más hijos, éste habla del hijo pequeño que está guardando el rebaño (v.11). Presentado David ante Samuel el Señor le indica que es el elegido y el profeta le unge recibiendo David también el don del Espíritu del Señor «a partir de aquel día». Las consecuencias que este gesto del profeta Samuel al ungir a David va a tener sobre el rey Saúl se nos dice en el siguiente versículo: «El espíritu del Señor se retiró de Saúl, y un mal espíritu, enviado por el Señor, se apoderó de él» (1 Sam 16,14).

Los relatos de las relaciones de Saúl, el primer rey de Israel, y David mezclan tradiciones diversas que a veces son contradictorias. En realidad la imagen idealizada de estos hechos, debida a la relectura

3 Los historiadores deuteronomistas debieron utilizar un relato de la ascensión al trono de David (1 Sm 16 – 2 Sm 5) que culminaba probablemente con la coronación de David como rey de Judá y de Israel, y con la captura de Jerusalén, que va a ser la capital de la dinastía davídica. Frente a la opinión dominante en los años pasados de que ese relato se remontaba a la época de David o de Salomón, hoy se tiende a pensar que se elaboró en una época más tardía.

teológica de ellos, atribuye un sentido religioso a lo que debió de ser una lucha feroz por el poder. Lo vamos a ver así en el segundo relato que nos narra la aparición en la vida pública de David que se narra en 1 Sm 16,14-23. Los servidores de Saúl le piden al rey que mande en busca de alguien que sepa tocar el harpa para que la música le ayude a vencer al «mal espíritu» (una referencia probable a desórdenes mentales) cuando éste se apodere de él. Uno de los servidores conoce a David del que no se menciona nada de su trabajo como pastor, sino su habilidad como tañedor del harpa, su valentía, su buena presencia y su cercanía al Señor (v.18). David entra así al servicio del rey calmando los males del rey con su música.

El tercer relato de la entrada en la vida pública de David está en 1 Sm 17 donde se narra el enfrentamiento entre David y Goliat<sup>4</sup>. Éste es un gigante filisteo que desafía a los guerreros israelitas que quieran combatir contra él. Pero éstos están aterrorizados ante el gigante y sus armas de bronce. David se encuentra con Saúl que no le conoce (vemos así como confluyen tradiciones diferentes en el relato de las relaciones de estos dos personajes) y le propone ir a combatir a Goliat. Pero Saúl le responde: «Tú no puedes ir a combatir con ese filisteo, porque eres un muchacho, mientras que él es un guerrero desde su juventud» (v.33). Por fin el rey cede, y David, sin armas, sólo con su honda, mata a Goliat. Este relato célebre ilustra, a la manera de la épica legendaria, un tema muy frecuente en la Biblia: Dios libera al pueblo de Israel con medios humanos insignificantes, mediante hombres llenos de confianza en la fuerza del Señor y mediante su voluntad de liberar a los aplastados y los débiles. Recordemos al Dios que se revela en el éxodo de Egipto.

En reconocimiento a la victoria de David sobre Goliat, Saúl le da un puesto importante en su ejército. Pero las victorias de David, aclamado por el pueblo hace nacer la envidia en Saúl, con lo que David ve en peligro su vida y huye de la corte.

## 2). David como fugitivo.

Habiendo escapado de los celos del rey, David va a llevar durante bastantes años la vida de un fugitivo, errando por Palestina, buscando refugio en algún santuario, incluso en ciudades filisteas. En esta etapa David ve venir a él a los excluidos de la sociedad: «Se unieron a él todos los que estaban en aprietos, los que tenían deudas y los descontentos. David se hizo su jefe» (1 Sm 22,2). Su lucha personal por sobrevivir, tal como nos la describe el deuteronomista, se transforma progresivamente en la de una población oprimida contra un poder tiránico. Saúl, por el contrario, con la masacre que lleva a cabo en Nob (2 Sm 22,8-23) entra

4 El relato de David y Goliat es una versión más amplia de la hazaña atribuida a otro habitante de Belén, Eljanán, y relatada muy brevemente en 2 Sm 21,19.

en una espiral de la violencia típica del tirano que siente que el poder se le escapa. Sin embargo, el relato nos muestra en varias ocasiones la generosidad de David que se niega a matar a su rival a quien tenía a su merced. David no quiere llegar al poder mediante el asesinato del rey, sino que quiere dejar al Señor la iniciativa de su accesión al trono.

Durante este tiempo, David entra varias veces en alianza con los filisteos, que eran los enemigos de Saúl. Concretamente se nos habla de su estancia en Aquis, una de las ciudades filisteas, y se convierte en servidor del rey de esta ciudad. Casi roza la traición a la causa de su pueblo convirtiéndose en un «colaboracionista». Sin embargo, David aprovecha este tiempo para atacar, no a los israelitas, sino a los enemigos de Israel en el Negueb. De esta forma evita luchar contra su propio pueblo. Mientras tanto, la guerra entre Israel y los filisteos termina desastrosamente para el pueblo de Israel, y Saúl y su hijo Jonatán mueren en el campo de batalla (1 Sm 31). David llega a Hebrón, al sur de Judá, donde reinó durante siete años, probablemente bajo la soberanía y la dependencia de los filisteos que dominaban en toda Palestina. Si hubiera sido un rey totalmente independiente habría estallado la guerra a David entre David y los filisteos.

### 3). David rey.

Durante siete años, como hemos dicho, reinó David en Judá teniendo su capital en Hebrón. A pesar de su evidente deseo de hacer la paz con los seguidores de Saúl (2 Sm 9), hubo guerra entre los dos grupos: «La guerra entre la familia de Saúl y la de David fue larga» (2 Sm 3,1). Al final David venció y los ancianos de Israel (entendamos aquí el norte de Israel) fueron a Hebrón: «David hizo con ellos un pacto en Hebrón ante el Señor, y ellos ungieron a David como rey de Israel» (2 Sm 5,3). Estamos al final de la larga historia que se inició con la unción de David por Samuel. Se ha logrado la unión de las tribus del norte y del sur en un solo reino. Inmediatamente después de este hecho nos encontramos con el relato de la conquista de Jerusalén. Esta ciudad era jebusea y no formaba parte ni de Israel ni de Judá, va a ser «la ciudad de David» (2 Sm 5,7), donde va a poner su corte. Hay detrás de esta maniobra de David una estrategia clara: conquistar una ciudad que por no pertenecer a ninguna tribu no dependía de los diferentes grupos de Israel o de Judá. Así David puede ser el rey de todo Israel. Lógicamente los filisteos quieren aniquilar ese reino que David está creando en territorios que hasta entonces estaban más o menos sometidos a ellos. El combate contra ellos va a adquirir rasgos de una guerra de liberación, de una «guerra de Yahvé» (2 Sm 5,18-20). Los filisteos fueron finalmente derrotados.

Además de un centro político, David va a asegurar al pueblo en Jerusalén un centro religioso al llevar a esta ciudad el arca de la alianza, memorial de todo lo que Yahvé había realizado en el desierto por el pueblo (2 Sm 6). David quiere así entroncar con las tradiciones fundadoras de Israel (éxodo) y con la alianza que Dios estableció con el pueblo en el Sinaí. De forma que Jerusalén hereda esas tradiciones y, a pesar de su tardía incorporación a la historia del pueblo, desplaza a los antiguos santuarios donde Israel había dado hasta entonces culto a Yahvé (Betel, Siló y Siquén). De esa forma la identidad nacional del nuevo estado que nace con David tiene una dimensión religiosa, un componente sacral. El rey era percibido como habiendo sido nombrado por Yahvé (recordemos el relato de la unción de David por Samuel), y así todos los habitantes del nuevo territorio real estaban bajo la soberanía de Yahvé y entraban a formar parte de la comunidad de aquellos que se veían a sí mismos como descendientes de los hijos de Israel que vivieron la experiencia de Egipto y, por tanto, como pertenecientes al pueblo de Yahvé. David era considerado como «hijo de Yahvé» (2 Sm 7,14; ver Sal 2,7; 89,26-27), un status que manifestaba que su gobierno tenía una sanción legitimadora divina.

En paz con todas las naciones que le rodeaban, David tiene ahora tiempo para volverse a los asuntos internos, incluyendo el culto al Dios de Israel. Por eso proyecta un templo en Jerusalén y así se lo comunica al profeta Natán (2 Sm 7). Pero frente a ese deseo, el Señor le propone una relación más profunda que la de un edificio: es la promesa de una dinastía y de un trono que Dios mantendrá para siempre (2 Sm 7,13). Jugando con el doble sentido que la palabra «casa» tiene en hebreo, el libro de Samuel subraya que no será David quien construya una casa para Dios, sino que será éste quien levante una casa (es decir, una dinastía) para el rey. A Dios no se le encuentra en un punto del espacio (como sería el caso del Templo), sino en el tiempo, en la historia de la descendencia davídica. La historia es la «casa» de Dios. Este pasaje ha sido interpretado como la alianza personal de Dios con David. Por ella, el gobierno directo de Dios sobre Israel es remplazado por un rey humano, elegido por Dios, cuya posteridad continuará ocupando el trono durante generaciones.

En respuesta a esta promesa, David expresa en una oración (2 Sm 7,18-29) el sentido profundo de la realeza en Israel. Su existencia se justifica únicamente en función del proyecto de Dios sobre el pueblo que él ha elegido y del que ha hecho su pueblo para siempre. Esta bella oración, que refleja la concepción deuteronomista de la realeza, expresa una confianza filial hacia el Dios que se revela en un amor de padre: «Seré para él un padre y él será para mí un hijo» (2 Sm 7,14).

Se nos describe después la misión real de David, rey de un país unificado. Así en el cap.8 se nos da un resumen sintético del reino de

David mostrando los dos aspectos de la misión real, según el pacto concluido con el pueblo ante el Señor: defender al pueblo de sus enemigos y agresores y organizar la nación haciendo reinar en ella la justicia y el derecho (2 Sm 8,15). Así vemos cómo David amplía las fronteras del reino y enriquece al estado mediante el cobro de tributos a los países sometidos. Se atribuyen todas las victorias a Yahvé (vv.6.14) y los objetos de metal precioso se dedican a él. Se organiza además el país mediante una estructura burocrática que transforma a Israel de una agrupación de tribus, más o menos autónomas, en un estado que funciona en torno a la persona del rey (2 Sm 8,16-18; 20,23-26). David fue, sin duda, un buen organizador del reino, una habilidad que parece haberse inspirado en la organización burocrática del imperio egipcio. Una influencia que le llegó directamente o a través de los fenicios, con los que estuvo en relación cordial bastantes años (le ayudaron a construir su palacio de Jerusalén).

No todo son, sin embargo, luces en el reinado de David. En algún caso aparece traicionando el ideal de justicia de su reinado<sup>5</sup>. Lo vemos claramente en el caso de su adulterio con Betsabé (2 Sm 11). Para obtener que ella sea su esposa no duda en enviar a su esposo Urías a la primera línea de combate para que perezca en él. El poder se transforma en algo peligroso desde el momento en que no es puesto al servicio del pueblo, sino que busca proteger los intereses personales del rey. Es un poder arbitrario que ya no busca la justicia y el derecho. Frente a esta visión absolutista del poder real, el profeta Natán va a plantear ante el rey la llamada de Dios a la justicia (2 Sm 12). Lo hace mediante una parábola ante la que David reacciona reconociendo su injusticia. La grandeza en este caso de David es la de saber acoger el reproche del Señor, transmitido por la parábola narrada por Natán, y haber comprendido así su falta.

Los males de David se hacen más agudos en su propia familia y en torno a su sucesión. Amnón, su primogénito, pierde la vida como fruto de su pasión por Tamar. Absalón, otro hijo del rey, conspira contra su padre. Fascinado por el poder e impaciente por reinar no duda Absalón en procedimientos demagógicos para asegurarse el favor del pueblo, insistiendo en que hará justicia a aquellos que los tribunales tardan en concedérsela. Alienta, además, las tensas relaciones existentes entre Israel y Judá. Tomando como punto de partido de su rebelión a Hebrón, donde David había sido consagrado como rey de Judá, revela sus ambiciones políticas. Incluso el clan de Saúl, que había quedado

5 En 2 Sm 9-20 tenemos un largo relato de la sucesión al trono de David que se considera una fuente ya elaborada cuando el historiador deuteronomista lleva a cabo su obra. Hasta no hace muchos años se decía que había sido compuesto por un testigo ocular no más tarde de los primeros años del reinado de Salomón. Su finalidad era la justificación de la subida al trono de este rey. Sin embargo, hoy es un asunto muy discutido. Parece dudoso que una obra tan ambiciosa y elaborada haya podido ser compuesta en la corte de Jerusalén antes del s.VIII a.C., teniendo en cuenta los descubrimientos arqueológicos de los que hemos hablado al principio de este trabajo.

postergado por David, pretende aprovechar la situación para levantar cabeza (2 Sm 16,1-14). Absalón llega a tomar el poder en Jerusalén y se apropia del harén de su padre, simbolizando con ello su accesión al trono (2 Sm 16,21-22).

Mientras que Absalón persigue ciegamente su sueño de poder buscando aniquilar a su propio padre, David se niega a que la ambición y el gusto del poder borren sus sentimientos. Al dirigirse a sus generales les pide: «Respetad, por consideración a mí, al joven Absalón» (2 Sm 18,5). Esta capacidad de subordinar la fría razón de estado a la razón del corazón y de buscar ante todo la reconciliación, le ha valido a David la estima y el afecto de su pueblo y ha dado de él, en la tradición de Israel la imagen de un rey según el corazón de Dios. Pero Joab, el general de David, no acepta su humanidad y mata a Absalón en contra de la orden formal del rey. Cuando éste recibe la noticia de la muerte de su hijo se estremeció y se echó a llorar (2 Sm 19,1). «Aquel día la victoria se cambió en luto para toda la tropa, porque oyeron decir que el rey estaba afligido por su hijo. Por eso aquel día la tropa entró a escondidas en la ciudad, como entran los que vuelven avergonzados por haber huido en la batalla» (2 Sm 19, 3-4).

Acercándose ya a su ancianidad, el historiador deuteronomista introduce un poema, puesto en boca de David, que con algunas variantes, reproduce el salmo 18. (2 Sm 22). En él se expresa el reconocimiento de David y su gratitud a Dios por haberle salvado de sus enemigos. Es interesante ver la variedad de imágenes que utiliza David para hablar de aquel que ha sido su Señor: roca, fortaleza, libertador, escudo, fuerza salvadora, ciudadela, refugio. Esta protección que David ha sentido a lo largo de su vida está ligada a la misión real de hacer respetar la justicia y el derecho. David proclama su confianza en Dios que da fuerza al débil y asegura el futuro de la dinastía.

David ve, al final de su vida, que surge la lucha entre sus hijos que parecen buscar una realeza que ya no es un servicio al pueblo, sino una fuente de poder, de prestigio y de enriquecimiento. Adonías, su hijo, que «soñaba con ser rey» (1 Re 1,5), retoma los procedimientos arrogantes de Absalón para forzar así la decisión a su favor. Pero David designa a Salomón como su sucesor que es ungido como rey y aclamado por el pueblo, lo que asegura su legitimidad y provoca la desbandada de los partidarios de Adonías. A punto de morir, David pide a Salomón que sea fiel a los principios de la alianza: «Sé fiel al Señor, tu Dios y camina por sus sendas; observa sus mandamientos, preceptos, dictámenes y normas, como está escrito en la ley de Moisés, para que triunfes en todas tus empresas» (1 Re 2,3). La monarquía de Israel, y aquí se expresa la teología deuteronomista, no es un poder totalitario y absoluto, como ocurría en los pueblos que le rodeaban, sino una realeza que tiene sus límites, pues la Ley de Dios está por encima del poder del rey.



Pero junto a estas recomendaciones de David, impregnadas del respeto a la alianza y a sus leyes, hay también otras palabras finales en las que aparecen los imperativos de estado. David confía a Salomón la ejecución de sus venganzas personales, permitiéndole así desembarazarse de las posibles amenazas contra su poder. Es lo que Salomón llevará a cabo al comienzo de su reinado, liquidando sucesivamente a sus potenciales enemigos.

### **David, ungido del Señor y libertador de Israel**

Después de haber hecho un recorrido por la historia de David en los libros de Samuel y Reyes podemos responder ahora a lo que es el título de nuestra conferencia. El retrato que los historiadores deuteronomistas han realizado va a ser la imagen canónica de este rey a lo largo de los siglos. Lo primero que tendríamos que destacar de él es que inicia su vida pública como un ungido del Señor. Samuel, inspirado por Dios, elige a David, el hijo pequeño de Jesé, como el sucesor de Saúl. Él va a ser el protagonista de la historia de Israel durante los años siguientes, primero en el entorno y el enfrentamiento con Saúl, después como rey en Hebrón y en Jerusalén. Su tarea fundamental va a ser la unificación de las tribus de Israel en un solo estado, liberando al pueblo de la opresión de los filisteos, y superando así la grieta permanente entre el norte y el sur de la tierra de Israel. Una grieta que por desgracia va a hacerse de nuevo visible a la muerte de su hijo Salomón.

Esta unificación llevada a cabo por David va a tener su símbolo en la conquista de Jerusalén. Desde esta ciudad, que no se identificaba con ninguna de las tribus de Israel, David va a reinar sobre un reino que unificó la fragmentación política que caracterizaba anteriormente a los israelitas y los cananeos que habitaban en la Palestina de aquel tiempo. Para hacer posible la aceptación de Jerusalén como capital política y religiosa de Israel, David va a relacionar esa ciudad con las tradiciones fundadoras del pueblo mediante la presencia en ella del arca de la alianza que simbolizaba las tradiciones del éxodo, el desierto y la Ley y la alianza. David no quiere que su reinado parta de cero, sabe que las tribus de Israel tienen tras de sí una larga historia que le ha precedido y que su relación con Yahvé se remonta a una época más antigua donde se inicia esa relación de alianza que todavía sigue siendo el fundamento religioso de Israel.

Pero el reinado de David no sólo quiere entroncar con el pasado liberador de Israel, sino que abre su perspectiva hacia el futuro. Mediante la profecía de Natán, un profeta de corte al que veremos más tarde actuar de una manera nada aduladora en el asunto de Betsabé, Israel inicia una larga tradición mesiánica que irá superando una perspectiva estrechamente histórica (todo rey de Israel es un ungido, es decir, un

mesías) para abrirse hacia perspectivas escatológicas y nuevas dimensiones mesiánicas que desbordan el retrato exclusivamente real del Mesías esperado. Es por eso que las tradiciones neotestamentarias enlazarán a David con Jesús para expresar que éste es en el que se realizan aquellas promesas que David había recibido de Dios por medio de Natán.

Por otra parte, David no encarna el modelo real de su tiempo, el que predominaba en los pueblos que rodeaban a Israel. Frente a un monarca absoluto que no tiene que rendir cuentas a nadie, David aparece sometido a la palabra de Dios y, sobre todo, a su Ley. Su poder tiene límites, los que marcan precisamente las exigencias éticas de la Ley de la alianza. Por eso, se insiste continuamente en que David debe gobernar según la justicia y el derecho, un rey que debe estar cerca de los pobres y excluidos porque Yahvé es el Dios del éxodo, el que tuvo misericordia de los esclavos israelitas frente al poder del faraón.

El retrato que nos dan los historiadores deuteronomistas de David es, pues, el de un hombre de una profunda experiencia religiosa que cristaliza en su sentido de filiación y de siervo de Dios tal como se expresa en la oración que David hace en respuesta a la profecía mesiánica de Natán. En ella David reconoce todo lo que el Señor ha hecho por él y por el pueblo. De él han recibido múltiples bendiciones. Es quizá esta perspectiva espiritual y orante de David la que ha quedado plasmada en los salmos de Israel. Muchos de ellos han sido leídos y rezados a la luz de la persona y los acontecimientos de la vida de David.

Pero no todo en la tradición davídica es positivo. Y es eso lo que da hondura carnal a la figura de David. Si no tuviéramos estos rasgos negativos, David sería una personalidad etérea sin raíces en la tierra. Y lo primero que tendríamos que destacar es su fragilidad como hombre pecador, tal como se nos describe en la historia de su relación con Betsabé. Su deseo por esta mujer le lleva a enviar a la muerte a su marido Urías. Para hacer suya a Betsabé no tiene ningún reparo moral en liquidar a su marido, que era el obstáculo mayor que tenía para afianzar su relación con Betsabé. Pero no sólo en este acontecimiento, en otros momentos de su vida la razón de estado ha pasado por delante de la razón del corazón y de las exigencias de la ética de la alianza. También en esos momentos David ha abandonado los caminos del Dios de Israel. Todos esos rasgos negativos forman también parte del retrato que los historiadores deuteronomistas hacen de David, el ungido del Señor y el libertador de Israel.

### **David en los libros de Crónicas**

Como vamos a ver en este punto, Israel no se ha conformado sólo con la imagen de David que nos transmite la historia deuteronomista. Allá

por el siglo IV a.C., Israel vuelve de nuevo su mirada hacia su pasado y vuelve a contar la historia que ya había narrado la escuela deuteronomista. Para ello utiliza el material de ésta, pero introduce cambios muy importantes que van a dejar su sello en la descripción que va a hacer de la figura de David. Los libros de Crónicas, a los que me refiero, van a tratar sus fuentes, en especial a los libros de Samuel y Reyes, de manera muy personal: escoge, omite, retoca, abrevia, modifica, desarrolla y adapta los textos de la historia deuteronomista para que esos textos antiguos sirvan a sus intereses teológicos. Recordemos que en ese siglo IV a.C. Israel vive bajo el imperio de los persas, y su vida está muy centrada en el Templo de Jerusalén. Por eso, el tema central de Crónicas va a estar en el culto del Templo, la institución que está en el centro del judaísmo de esa época, y alrededor de la cual teje su perspectiva de la historia de Israel. La perspectiva de la monarquía, tan central en la historia deuteronomista, pertenece al pasado de Israel.

¿Cómo influye todo esto en la descripción que Crónicas hace de David? En primer lugar, dándonos una figura idealizada de David en la que desaparecen gran parte de las sombras de su reinado. Así se omite la larga lucha de David por llegar al trono, la historia de Betsabé y el adulterio de David, las traiciones y rebeliones de sus hijos y, por último, todas las intrigas que preceden a la ascensión al trono de Salomón. En segundo lugar, conociendo el interés que Crónicas tiene por el culto y el Templo de Jerusalén, estos libros nos van a dar una descripción de David como el que prepara hasta el último detalle del Templo que va a edificar su hijo: reúne los materiales para su construcción, organiza los levitas y sacerdotes que van a servir en él, elige a los cantores que se dedicarán al canto sagrado, designa a los porteros que servirán en la casa de Yahvé y da instrucciones muy concretas sobre su edificación (ver 1 Cro 22-28). Así, pues, para Crónicas la contribución más importante del reinado de David fue el Templo, su ritual y su sacerdocio<sup>6</sup>. Esta descripción de Crónicas está desarrollada a la manera de una etiología que buscaba justificar una institución postexílica en el pasado lejano de Israel, en el tiempo de David. Éste es, pues, puesto al servicio de una intencionalidad teológica del sacerdocio del Templo de Jerusalén en el s.IV a.C., cuando Israel ha perdido su independencia política y encuentra sentido a su continuidad como pueblo en torno al Templo y su culto.

---

6 Por supuesto, la descripción que Crónicas hace del culto en el Templo no corresponde al que pudo haber en el Templo de Salomón, sino al que se celebraba en el segundo Templo, es decir, el que fue reconstruido a la vuelta del exilio de Babilonia.

